

margen N° 86 – setiembre 2017

Lazo social y contexto

Por Maia Klein

Maia Klein. Trabajadora Social.

Participación en el Primer Congreso Argentino "Abordaje interdisciplinario de los consumos problemáticos", realizado en Buenos Aires, Argentina, los días 30 y 31 de agosto y 1 de septiembre de 2017.

Hablar desde el Trabajo Social acerca del abordaje interdisciplinario de los consumos problemáticos, permite aportar miradas, herramientas, vías de entrada, preguntas iniciales por donde comenzar a (des)andar el tema.

En términos teóricos, el consumo problemático implica un conjunto de categorías de distinto orden (sociales, individuales, territoriales, familiares, políticas, económicas, de igualdad y de desigualdad). Sin embargo, hay una pequeña hendidura por donde quisiéramos ingresar al análisis del problema: el *lazo social*.

La primer pregunta que surge entonces es ¿de qué hablamos cuando hablamos de lazo social?

Es posible pensar el lazo social como **sonido**, a partir de la siguiente metáfora:

“una cuerda de guitarra para emitir un sonido necesita de dos elementos que la ejecuten: el dedo que se posa en el traste y el dedo que rasga la cuerda. No son las manos las hacedoras del sonido, el sonido sale de la cuerda misma. El tipo de sonido, la combinación, varía de acuerdo al ejecutor pero la cuerda sigue inmutable y siendo la misma. Del mismo modo, podemos aseverar que el lazo social es como una cuerda que permite la articulación de algún sonido cuando está frente a dos continentes que lo ejecutan”.

Carlos Marchevsky, 2013.

“Encrucijadas del Trabajo Social: lazo social 2”

Metáfora que nos permite identificar dos aspectos: que el lazo social es *simbólico* pero también que es *virtual*.

Es *simbólico* en tanto el lazo social no es imaginario, sino que hay imaginación del lazo social. Sin saber la formación de quienes leen, ni el campo disciplinario en que se desenvuelven, rápidamente podemos ponernos de acuerdo en que el lazo social no es observable de primera mano. Podemos deducir a través de distintos acercamientos si está más o menos deteriorado, pero no podemos verlo o palparlo.

En el laboratorio social, si bien es cierto que podemos experimentar, no podemos manejar variables controladas, absolutas, sino que podemos en todo caso poner a prueba hipótesis, no

poseemos un microscopio que nos permita acceder a algo así como una verdad de una vez y para siempre. En este sentido, afirmamos que el lazo social es simbólico.

Y es *virtual* en tanto el lazo preexiste a los sujetos ejecutantes y el tipo de sonido que emita el lazo ya está predeterminado por el lugar que los ejecutores ocupan. De esta manera, el lugar en que un niño nazca va a condicionar (y aquí quisiéramos aclarar que preferimos hablar de condicionantes y no de determinantes) el vínculo con su madre, con su padre, con su entorno, con las instituciones que lo alojen a lo largo de su vida. Existe entonces una cierta virtualidad del lazo.

Establecida así la imagen que poseemos del lazo social, podemos aumentar la complejidad del planteo al incorporar otro aspecto que tensiona los consumos problemáticos: el contexto.

Si algún lector intuía ya que el tema del consumo era en sí problemático, aquí la cosa comienza a complejizarse aún más.

Hacia fines de agosto (2017), el Subsecretario Nacional de Juventud del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (Argentina), Pedro Robledo, planteó la siguiente idea:

“Una cosa es el fin recreativo donde un pibe o piba que tiene una condición de clase media, que tiene un laburo, que puede ir a la escuela o a la facultad, y otra cosa es lo que pasa en barrios de extrema vulnerabilidad”.

Sin reconocer que la afirmación sea correcta, lo que sí podemos sospechar es que al menos es incompleta.

En primer lugar, la clase social no es la que determina si una práctica de consumo es problemática o no lo es. En términos objetivos, un consumo problemático lo es tanto en un hogar de clase media como en uno pobre.

Es posible afirmar que, de acuerdo a la fragmentación del lazo social, un contexto de consumo podrá ir emparentado de otro tipo de prácticas (más legales, más ilegales), complejizando y vulnerando aún más la situación.

En segundo lugar, deberíamos establecer si existe un consumo de carácter recreativo/social/lúdico. Y ese debate no se resuelve asignando algo así como experiencias de consumo recreativo a las clases más acomodadas y experiencias de consumo problemático a las clases vulneradas.

Un debate de este estilo debe ser, al menos, más exhaustivo.

En síntesis, tenemos hasta aquí dos nociones que nos permiten ir delimitando la vía de entrada por donde comenzar a pensar el consumo problemático: *lazo social* y, en todo caso, *contexto* (no clase social). Estamos en condiciones de avanzar en el análisis y sostener que existe lo que Gonzalo Saraví llama *acumulación de desventajas*.

Recién ahora podemos sostener que no es lo mismo un joven de clase media con problemas de consumo, que un joven pobre con problemas de consumo. Ni en términos materiales ni en términos simbólicos. Las sustancias que consuman no serán las mismas. Los medios de acceso para asegurar ese consumo no serán los mismos. Como tampoco serán los mismos los tratamientos que pudieran emprender. Ni las consecuencias del consumo, ese hacer después. Menos aún se parecen las casas o ranchos a los que vuelven, si es que vuelven.

La acumulación de desventajas permite ampliar la mirada e incorporar una gran cantidad de elementos al análisis: los bajos niveles educativos, la precariedad laboral de sus hogares, la

debilidad de la estructura familiar, la violencia del territorio, etc.

De esta manera, ¿cómo abordar la problemática del consumo a partir de una mirada puesta en el lazo social?

En este punto, resulta interesante presentar dos experiencias de trabajo realizadas a través de un Programa de inclusión social para jóvenes en situación de vulnerabilidad llamado Envi3n, que naci3 en el Partido de Avellaneda (provincia de Buenos Aires) en 2005, y que tuvo la fortuna de acompa1ar en su crecimiento en el 2008, abriendo la segunda sede en Isla Maciel.

Habiendo terminado la carrera de Trabajo Social hacia fines de 2006, y siendo parte de la comisi3n directiva del Club San Telmo, me propuse junto a unos amigos realizar un proyecto con ni1os de Isla Maciel de 6 a 12 a1os, que se llam3 DeporVida (que sigue funcionando en la actualidad). Nos ocupaba por entonces el problema de la violencia que observ3bamos en estos ni1os y en sus referentes adultos, sumado a problemas alimenticios. Estando insertos en el barrio, surgi3 por parte de la Municipalidad la propuesta de abrir una sede de Envi3n, replicando una experiencia que se venía llevando adelante en el barrio vecino de Villa Tranquila. La poblaci3n cambiaba pues deb3bamos comenzar a trabajar con adolescentes. Y no con cualquier adolescente, sino con aquellos que hab3an quedado fuera. Fuera de la escuela. Fuera del club. Fuera casi de la casa, y que por ende andaban por el barrio, a veces en la esquina, a veces en comisari3s o institutos, a veces durmiendo por donde pudieran. En fin, deb3bamos trabajar con aquellos j3venes mal llamados ni-ni **-I-**.

El 9 de junio de 2008 se abri3 la sede de Envi3n en Isla Maciel. Las dos experiencias que quiero compartir ocurren all3.

La primera es la de una joven que al momento de ingresar al Programa ten3a 14 a1os y un v3nculo muy tenso con su madre, sus hermanas, la escuela y el barrio en general. Parece ser que Leticia era bastante altanera, pero la verdad que con nosotros, dentro y fuera de la sede (una caracter3stica no menor, es la enorme presencia que posee el Envi3n en el territorio a partir de una mirada de “instituci3n hacia afuera” expl3cita con la que decidimos trabajar) siempre fue una joven muy dulce, e incluso atenta.

Al finalizar el a1o, a fin de contrarrestar el clima que se vive para las fiestas en cualquier territorio, climas que se condensan, nos propusimos llevar adelante un festival, pues el v3nculo con los j3venes y con el barrio era muy fuerte, por lo que fue casi “natural” pensar ese festejo.

Desde el equipo t3cnico decidimos realizar una nota, una especie de carta, a cada joven. All3 recuper3bamos la mirada sobre cada uno, su recorrido, sus dificultades, pero sobre todo sus logros, aquellos aspectos positivos que quer3bamos remarcar, un poco para cortar con la mirada negativa que suelen arrastrar los pibes de cualquier barrio. La juventud incomoda, inquieta, sobre todo si usa visera y ropa deportiva. Ni qu3 hablar si se juntan en una esquina.

Y tambi3n pusimos una urna, con hojas de colores y algunas lapiceras, para que los j3venes pudieran escribirnos algo si lo deseaban. La 3nica consigna para lo que fueran a escribir era: “*¿para qu3 sent3s que te ayud3 el Envi3n?*” Pregunta a priori f3cil, pero que imagin3bamos resultaría dif3cil de responder ante el resto del grupo, no olvidemos que son adolescentes, por lo que elegimos la modalidad de la escritura.

Pod3an optar incluso por el anonimato. Esas eran las 3nicas reglas.

Las caras de los chicos al esperar recibir cada uno su carta, es una de las postales m3s lindas e3ntimas que guardo, y tambi3n lo son aquellos escritos con que nos encontramos al final del d3a.

Leticia, evitando el anonimato, casi que descaradamente pues incluso me entregó en mano la nota, y no contenta con eso incluso la expuso, dijo:

“El Envi3n me ayud3 para dejar de consumir”.

Fue una enorme sorpresa para nosotros.

Pudimos conversar con ella m1s tarde acerca de esto y pudimos comenzar a atar cabos, o mejor dicho a dar significado a im1genes de Leticia durante esos meses.

Leticia ven1a cada d1a con un chupet1n. Un hecho sumamente irrelevante hasta ese momento. Ahora ese chupet1n ten1a otro sentido.

La pregunta l3gica fue por qu3 nunca nos dijo nada, por qu3 ese corte en el consumo no tuvo que ver de manera directa con nuestra intervenci3n sino que fue m1s bien indirecta. Y, nuevamente, su respuesta fue contundente:

“El d1a que vos viniste a mi casa porque estaba lo del Envi3n yo me di cuenta que el Envi3n era otra cosa, y que yo me iba a tener que rescatar”.

Consum1a desde los 9 a1os. Pero esa mirada puesta en ella, ese ir a buscarla hasta su casa para invitarla, nombrarla en voz alta “Leticia”, la modific3.

Nunca lo supimos hasta que lo dijo hacia fin de a1o.

La segunda experiencia, ya no tan id1lica, la vivimos con Pablo. Un joven que arranc3 en el Envi3n hacia 2009. Se sum3 cuando Carolina, directora de la Escuela de la Isla, nos lo solicit3. Cont3 que la madre se hab1a acercado varias veces a pedir ayuda a la escuela por saber-sospechar que el hijo consum1a drogas. Ingres3 al Envi3n con el *estigma* que ya le ven1a pesando en el barrio, en el que circul3 con el estigma.

El acompa1amiento y abordaje de la situaci3n que atravesaba a Pablo fue lo que en un ateneo que presentamos en un encuentro en el CPA -2- denominamos “tratamiento caracol”.

Fue caracol por las vueltas en espiral que fue dando, desde afuera hacia adentro, hasta asfixiarse.

Pablo era un joven con un problema enorme: ten1a una claridad absoluta del panorama. Y eso, a nivel profesional siempre tensiona. No era ese sujeto pasivo al que de alg3n modo hay que acompa1ar, hacer ver, sino que Pablo desnudaba su verdad todo el tiempo, sin vueltas, sin dudas.

Nuevamente la mirada, pero tambi3n la palabra y la escucha, se pusieron en juego desde el inicio: le preguntamos a Pablo si sab1a por qu3 hab1a ingresado al Programa y nos dijo que se lo imaginaba. Pero no quiso avanzar m1s que eso, as1 se le dej3 abierta la posibilidad de hablar sobre eso que se imaginaba cuando 3l quisiera, si alguna vez quer1a.

En varias entrevistas informales se pudo empezar a hablar del tema del consumo: cont3 que usualmente fumaba marihuana y tomaba coca1na. Y aunque al inicio de nuestra relaci3n no se abr1a mucho con el Equipo, acept3 de buenas ganas el acompa1amiento.

Comenz3 as1 un tratamiento en el CPA, y desde el primer d1a gener3 un muy buen v1nculo con su psic3loga, Natalia.

CPA que, para sumar complejidad al escenario (pero que es parte de la realidad institucional argentina), entr3 en crisis en aquel momento. Varios profesionales fueron despedidos, entre ellos Natalia, quien acept3 continuar con el espacio terap3utico en su consultorio de San Telmo.

Los viajes con Pablo siempre fueron de mucho diálogo, de mucha apertura, por lo que el trabajador social del equipo o yo, siempre lo acompañábamos.

A Pablo, las situaciones barriales y familiares (situaciones de robo incluso a la escuela que lo había mirado, a los vecinos, peleas y golpes en su casa y en la calle) le fueron dejando marcas en el cuerpo: quemaduras, lastimaduras, cicatrices, cortes, golpes. Pablo siempre tenía una marca nueva. Nos preguntábamos con el equipo si aquella sería una forma de poder hablar de esas cosas que lo hacían sufrir. Nos las contaba: cómo fueron, dónde fueron. Nos las mostraba, incluso pedía ayuda para curarlas.

Cuando Pablo entraba en confianza, te interpelaba, te preguntaba cómo lo veías, si lo veías más flaco o con la cara más chupada, si se le sobresalían los pómulos.

En la última etapa en que vino a la sede, se lo veía más gordo y eso lo ponía contento.

La última pregunta que hizo fue si creíamos que él era inteligente y por qué. Ante nuestra argumentada respuesta afirmativa, dijo que le habían gustado nuestras palabras, que él creía que si no fuera inteligente no se daría cuenta de los errores que cometió, de las cosas que les gustaría cambiar.

Te mostraba las heridas, abiertas. A gritos pedía que cerraran, que no dolieran más.

Pablo falleció en 2012, en un hecho confuso de un tiro en la cabeza. Agonizó en un pasillo del barrio hasta que fue llevado al Hospital en remis, pero ingresó sin vida, dijeron los amigos con quien compartió esa última noche que jugaba a la ruleta rusa.

Claro que su muerte fue un punto de inflexión para el equipo, fue nuestra primer muerte tan cercana de uno de ellos. Lamentablemente no fue la última.

Lo que nos quedó. de todos modos, fue una sensación de haber logrado algo. No nos sentimos derrotados, se intentó de distintos modos y, sobre todo con mucho compromiso, buscar romper con esas vueltas caracol.

La intervención en lo social, como decíamos al comienzo, atenta al lazo social y al contexto, en ambos casos puso en primer lugar tres ejes fundamentales: la mirada, la palabra y la escucha. Ejes sin los cuales no podría, a nuestro criterio, haber intervención posible.

Para finalizar, podemos entonces afirmar que el lazo social es independiente de los ejecutores tal como la cuerda lo es de los dedos. No habrá sonido sin dedos, no habrá lazo sin sujetos, pero eso no inhibe la existencia ni de la cuerda ni del sujeto.

En todo caso, la intervención en lo social precisa dar nueva posibilidad de expresión a esa existencia.

Notas

-I- Algunos autores usan la categoría “ni-ni” para referirse a aquellos jóvenes que ni estudian ni trabajan. Rechazamos esta categorización en primer lugar, pues es falso que los jóvenes menores de 18 años deban trabajar, por lo que en todo caso se trata de jóvenes que “no estudian”. En segundo lugar, se usa esta categoría sólo para jóvenes de sectores vulnerables, dejándose el uso frases como “año sabático” para jóvenes de otros sectores.

-2- CPA: los Centros Provinciales de Atención de la Provincia de Buenos Aires son Centros de Atención a las Adicciones dependientes de la Subsecretaría de Prevención de las Adicciones del Ministerio de Desarrollo Social (Gobierno de la Provincia de Buenos Aires).